

PRÓLOGO

*Ernesto Cardenal: La poesía nicaragüense
y el testimonio de una época*

I

Desde sus célebres, certeros y resueltos *Epigramas*, tan yámbicos en el pleno amor hacia la muchacha amada ("Te doy, Claudia, estos versos, porque tú eres su dueña") y tan estigmatizadores en la intencionalidad verbal y de catapulta ("Y ella me prefiere, aunque soy pobre, a todos los millones de Somoza"), a la intensa y magna visión del universo de un *Cántico cósmico* (donde el hombre no es más que "el punto medio entre los átomos y las estrellas"), la obra poética de Ernesto Cardenal se proyecta más allá de su Nicaragua en un constante proceso de asombro y de compromiso, y de redescubrimiento de un continente nuevo.

Ernesto Cardenal, perteneciente a una de las generaciones literarias más relevantes de la Nicaragua del siglo veinte, nació en Granada en 1925, la más colonial ciudad de su país y de la América. Rodeada de un paisaje geográfico único e impresionante, con su gran Lago de Nicaragua y el volcán Mombacho (al que tanto cantara Darío); marcada por la huella legendaria de piratas y filibusteros en pasados siglos, el lugar natal será, en fin, y desde muy temprano, el nutrimento de

su singular y exteriorista poesía. Paisaje, historia, geografía de un tiempo mítico para un tiempo real.

León es, sin embargo, su estirón y su infancia. En la heroica ciudad, de mucho espacio y de mucho cielo, sus días van (no en un torcerle el cuello al cisne) entre el desmelenar al leoncito de mármol que cubre la tumba de Rubén Darío (1867-1916), ese "padre y maestro mágico, liróforo celeste", en la vieja y litúrgica Catedral, a un visitar, con inocencia y curiosidad, la patriarcal casa de Alfonso Cortés (1893-1969), el poeta loco, el loco Cortés, y considerado el más importante poeta de Nicaragua después de Darío. Los niños de la escuela pasaban por su casa haciéndole burlas, "y los chiquillos, y también los mayores, no sabían que ese hombre —que la familia lo tenía atado con grillos por temor a sus furias— era uno de los más grandes poetas de la lengua castellana".

La poesía nicaragüense tiene así un desarrollo y una tradición en una continuidad de nombres, tendencias y proyecciones como pocas en el continente americano. Una poesía que no es iconoclasta, que en un encadenamiento perpetuo y futuro se hace y rehace en sus contingencias, en sus precolombinas raíces, en su histórico y exteriorista rescate de lo nacional: tradición enriquecida por sus lenguas natales, criolla-española, y por las otras latinas o gringas: inglesa-norteamericana. Una poesía viva siempre. La poesía nicaragüense tiene un profundo sentido de la realidad y una más profunda todavía relación con la vida humana y geográfica, social y política. "La literatura debe prestar un servicio", dice Ernesto Cardenal. "Debe estar —como todo lo demás

en el universo— al servicio del hombre. Por lo mismo, la poesía también debe ser política. Aunque no propaganda política, sino poesía política”.

Cardenal viene, pues, motivadoramente enriquecido de estas notables herencias poéticas nacionales, con su Salomón de la Selva (1893-1958), el poeta del paladar: “La patria es el sabor que se fija en el niño y para siempre lo acompaña y nunca pueden otros sabores desplazarlo”, y su José Coronel Urtecho (1906-1994), estimado como la verdadera Biblioteca Nacional de su país y el maestro de todos. Herencia también en sus celebraciones o cerebraciones, en la restauración de la conciencia. Y no sólo lo natal de su país o su Centroamérica; además, qué bebedura de clásicos y modernos en sus aprendizajes lecturales de sus poetas latinos Marcial, Cátulo (“pero no te escaparás de mis yambos”) y de sus poetas norteamericanos (o yanquis, como los llama); del viejo Walt Whitman al celeberrimo Ezra Pound en las complejidades y en la trascendencia de la palabra poética.

El mismísimo Ernesto Cardenal, compañero de ruta poética con Ernesto Mejía Sánchez (1923) y Carlos Martínez Rivas (1924) —la generación del 40, como se le ha llamado, y que retoma la gran poesía nicaragüense del siglo e irrumpe renovadoramente con un admirativo lenguaje—, señalaba en los comienzos de esta fervorosa trilogía: “Mi poesía es la menos rigurosa de las tres, y la más cercana a la prosa. He tratado principalmente de escribir una poesía que se entienda”. Esto de la poesía que se entienda es la llave-verso que abre y singulariza toda su paradigmática escritura.

II

De su Nicaragua natal, después de haber concluido sus estudios y bachillerato en un colegio jesuita, Ernesto Cardenal va a México, en cuya Universidad estudia Filosofía y Letras. Y luego a la Universidad de Columbia, en Nueva York. Aquí aprende inglés leyendo y estudiando la poesía norteamericana contemporánea. Ahonda sus lecturas en la obra toda de Ezra Pound que, en colaboración con José Coronel Urtecho, traducirá años después en perfecto español: "Yo me dedico a aprender entre los poetas. El poeta debe identificarse con su poesía, con su verdad. Si uno se siente revolucionario en su poesía, debe serlo. Si se siente religioso, debe serlo. Y si no se siente religioso o revolucionario, debe escribir esa verdad".

Cardenal será, sin duda, y desde un comienzo, fiel a esa verdad o búsqueda de esa verdad. Por la década de los años cincuenta, y de regreso a su amada y sufrida Nicaragua, toma posiciones personales, poéticas y contingentes. Se hace militante de un movimiento político de resistencia ante el advenimiento de la dictadura de Anastasio Somoza García, y durante aquellos trágicos momentos de la rebelión de abril de 1954, dice: "Yo he repartido papeletas clandestinas, / gritando: ¡Viva la libertad! en plena calle / desafiando a los guardias armados... / pero palidezco cuando paso por tu casa / y tu sola mirada me hace temblar". Así, el amor y el amor libertario constituyen una búsqueda de su verdad y los yacimientos de su poesía desde los versos primeros.

Tres años después de la rebelión de abril, Ernesto Cardenal ingresa como novicio al Monasterio cisterciense norteamericano de Gethsemani, en Kentucky (mayo de 1957). Buscando aquella otra verdad de la íntima y plena vocación de lo religioso: "El novicio en la nieve apenas se ve. / Y siento que hay Algo más que esta nieve / que no es ni novicio ni nieve y no se ve". Su maestro será aquí nada menos que el monje-escritor Thomas Merton (el autor de *La montaña de los siete círculos*) y que hace este retrato del novicio-poeta: "Él fue una de las raras vocaciones que hemos tenido en Gethsemani; que han combinado en una forma clara y segura los dones del contemplativo y del artista. Ninguna retórica del misticismo, por muy abundante que fuera, podría haber jamás presentado tan exactamente la espiritualidad sin pretensiones de esta existencia monástica tan sumamente llana".

Sin embargo, el poeta-monje no estaba destinado a permanecer toda su vida en el retiro monástico de Gethsemani ("Y mientras recitamos los salmos, mis recuerdos / interfieren el rezo como radios y como rocolas"). Al cabo de dos años de intensa vida y experiencia religiosa contemplativa, y por razones de salud, abandona la trapa. Pero lo religioso de su vocación de sacerdote permanece, y de contemplativo y de poeta. Su vida religiosa continúa ahora en el Monasterio de Santa María de la Resurrección, de Cuernavaca, Morelos, dedicándose por completo a su actividad religiosa e intelectual.

Mientras tanto, sus poemas de la trapa (*Gethsemani, Ky.* (1960) y *Epigramas* (1960)) se publican en modestas

ediciones y se leen con fervoroso interés por los jóvenes y no tan jóvenes nicaragüenses. Política y socialmente, Nicaragua es la misma de los tiempos de la rebelión de abril de 1954, sólo que ahora Anastasio Somoza Debayle es la imagen y semejanza de su padre en los plenos dominios del país. Y Ernesto Cardenal, preguntándose en sus extensas estrofas de *Hora 0* (1960), que remecen como huracán las calles de Managua, clama: “¡Centinela! ¿Qué hora es de la noche? / ¡Centinela! ¿Qué hora es de la noche?”.

Apenas ordenado sacerdote en la Catedral de Managua, en 1965, después de haber concluido sus estudios teológicos en Colombia, Ernesto Cardenal decide fundar, en los remotos y selváticos archipiélagos del gran Lago de Nicaragua, la comunidad religiosa de Nuestra Señora de Solentiname. “Thomas Merton es el fundador espiritual de esta pequeña comunidad. En un principio él la iba a fundar personalmente. Cuando yo me iba de Gethsemani, Merton me había dicho que si a él no le permitían hacer esta fundación, me tocaba hacerla a mí —con las ideas suyas— en Nicaragua. Eso es lo que yo he tratado de hacer con mis compañeros aquí en Solentiname. La presencia de Merton está ahora con nosotros aquí en Solentiname. Y está presente dondequiera que Dios está presente. Su presencia como la de Dios es invisible pero real. Y nos llena de gozo”.

III

La escritura poética de Cardenal, refundadora y rescatadora siempre de un nuevo mundo en sus visiones

históricas y testimoniales, geográficas y religiosas, humanas y apocalípticas, está fundamentada por sobre todo en el amor ("La vida misma es amor, y si es verdaderamente vivida enseña amor"); en el amor a Dios y en el amor al prójimo y al pueblo de ese prójimo. Es decir, el hombre todo está en su poesía, desde sus oráculos y tikales precolombinos (sudando entre la milpa) al anónimo habitante de las ciudades modernas ("Una caseta telefónica y alguien llamando ¿a quién? ¿a quiénes?"). Por la obra cardenalicia pasan y están los sueños, las utopías y los destinos de un país —su Nicaragua— y de un continente o territorio —su Centroamérica y su América entera—, que denuncia y castiga las barbaridades de una época (Hora 0). Y el triunfo, también, ejemplarizador de esos sueños, de esas utopías y de esos destinos ("y ahora la tierra,/ las montañas liberadas de Nicaragua"), que quedan al menos para siempre en las páginas de *Vuelos de victoria* (1984).

La absoluta sencillez y objetividad de la poesía de Ernesto Cardenal, con situaciones comunes y corrientes y usuales de la vida, es lo que hace vitalmente vivo su lenguaje. Y la historia o la anécdota en todo el esplendor de la palabra poética y resuelto tratamiento de escritura. El mismo autor ha dado nombre temático a su poesía: *exteriorismo*. Tendencia que define y da singularidad a la mayor parte de la poesía nicaragüense actual, que es la exteriorista.

"El exteriorismo no es un ismo ni una escuela literaria", dice Cardenal. "Es una palabra creada en Nicaragua para designar el tipo de poesía que nosotros preferimos. El exteriorismo es la poesía creada con las

imágenes del mundo exterior, el mundo que vemos y palpamos, y que es, por lo general, el mundo específico de la poesía. El exteriorismo es la poesía objetiva: narrativa y anecdótica, hecha con los elementos de la vida real y con cosas concretas, con nombres propios y detalles precisos y datos exactos y cifras y hechos y dichos. En fin, es la poesía impura". Ejemplo: un tractor Caterpillar DR; un motor de aeroplano encontrado por los campesinos en las montañas de las Segovias.

En esta "poesía impura" radica precisamente la pureza poética de la obra de Ernesto Cardenal, en un abrirse a todos los temas y hablas posibles. Todos los tiempos y todas las épocas con sus códigos y estelas tan de ayer y tan de hoy: historia, economía, datos, geografía, política, estadística, mística, sabiduría. Todo se unifica en la poesía y en el lenguaje del autor de una obra rescatadora de siglos (*Homenaje a los indios americanos*, 1969) y de modernidades (*Oráculo sobre Managua*, 1973). En esta "poesía impura" anda el amor rodeando constantemente una experiencia religiosa en una aparente blasfemia del salmista: "Escucha mis palabras oh Señor / oye mis gemidos / porque no eres tú un Dios amigo de los dictadores / ni partidario de su política". Los bíblicos y cotidianos *Salmos* (1964), entonces, como cantos de liberación, de justicia social, de defensa de los pobres y oprimidos, de los perseguidos, de los exiliados y de advocativa protesta.

Viviendo en la realidad geográfica misma de *El estrecho dudoso* (1966), con el gran Lago de Nicaragua, con el puerto fluvial y lacustre de San Carlos y con el río San Juan deslizándose hacia el Atlántico, Ernesto Car-

denal escribe su extenso, épico y documentado poema de descubrimiento y conquista, de mestizaje racial y cultural en los pueblos hispanoamericanos: "el conquistador con ropa de hierro y el cacique casi desnudo". Poesía que se apoya y pide prestado el documento, la narración del cronista, del historiador y del viajero. Pero en la reelaboración de escritura "para una nueva épica", según el decir de José Coronel Urtecho, y en el registro de una nueva sensibilidad también.

Algo semejante ocurre en *Homenaje a los indios americanos*. Esa nueva épica y esa nueva sensibilidad en el rescate de situaciones míticas y oraculares, pero a su vez sociales, políticas y actuales. Una poesía épico-narrativa, o prosística, si se quiere, en el proyectar las relaciones precolombinas a un ahora en las realidades ciudadanas de estos pueblos de la América. Tiempos, épocas y espacios se unifican en el verso tan viejo como tan nuevo: de la momia que "aún aprieta en su mano seca su saquito de granos" al avión de la Pan American "volando sobre las pirámides". Del mito a la desmitificación del mito, de la frase o cartel publicitario del siglo veinte a las ceremonias rituales de pasados siglos. La poesía se hace así, en Cardenal, historia, arte, modernidad. No una literatura por la literatura, sino materia y contribución a una sociedad futura, del hombre de naturaleza nueva, según el decir de San Pablo. Con razón *Cántico cósmico* (1989), su obra más voluminosa y evolucionista, es un canto de amor y una representación del universo con sus cosas humanas y sus visiones de ciencia.

Lo que el mismo Cardenal escribió para homena-

jean a Joaquín Pasos (1914-1947), el poeta que nunca salió del mundo de su Nicaragua natal y conoció ese mismo mundo sentado en su petate, vale también plenamente para celebrar su propia e identificadora poesía: "Porque él purificó en sus poemas el lenguaje de su pueblo / en el que un día se escribirán los tratados de comercio, / la Constitución, las cartas de amor, y los decretos". Aunque, a su vez, Ernesto Cardenal, cerrando su apocalíptico poema *Managua 6:30 PM*, da cabal cuenta de las verdades y realidades de este mundo: "Y si he de dar un testimonio sobre mi época / es éste: Fue bárbara y primitiva / pero poética".

Jaime Quezada

Lo Cañas-Santiago, octubre, 1994